

PRELUDIO

A lo largo de la Historia los narradores se han inventado historias increíbles, pero a veces la realidad es tan extraordinaria que supera la ficción, pareciendo inverosímil. Por ello pido perdón al lector si lo que le voy a contar no le parece verídico pero es que es real, desde el principio hasta el final, y lo sé de buena tinta, porque yo soy protagonista de los hechos. Pero antes he de hacer una breve introducción.

Era uno de noviembre, una tarde oscura de otoño, y tormentosa, como si de una película de terror se tratase. Parecía que los cielos anunciaban una desgracia, todo presagiaba lo que iba a suceder, aunque sus protagonistas no fueran conscientes de ello. Llovía a rachas y el viento circulaba cortando la piel que no estaba abrigada.

Alfonso había aparcado el coche en la misma acera del edificio cúbico y acristalado, de aspecto minimalista en el que trabajaba, en un apartado polígono industrial. A las siete de la tarde comenzaba su jornada laboral para la que aún faltaban unos veinte minutos, así que la carrera, que echó para cubrir los escasos metros que le separaban de la escalera de servicio, fue más para esquivar el tiempo desagradable que por ganas de comenzar su trabajo.

Sacó del bolsillo un manajo con varias llaves poco corrientes, al menos no de esas de cabeza plana y cuerpo aserrado que se utilizan en los domicilios particulares, sino de forma poliédrica y con variadas perforaciones, tanto centrales como laterales. Eran llaves de seguridad. En consecuencia, cuando Alfonso franqueó la puerta se cercioró obsesivamente de que quedaba herméticamente cerrada, presionando sobre ella varias veces rítmicamente.

Se trataba de un edificio con cuatro plantas, que albergaba las instalaciones de una multinacional farmacéutica. Había tanto oficinas como laboratorios y salas de reuniones. Se decía que allí se realizaban experimentos ultra secretos, o cuando menos confidenciales. Eso era lo que había oído Alfonso, que era el empleado de la limpieza.

A pesar de su prosaico trabajo él era un empleado de confianza, ya que poseía llaves de todo el edificio y campaba a sus expensas por las instalaciones. Había pasado una férrea selección, donde más que sus capacidades para realizar labores de limpieza, valoraron su perfil psicológico y su presunta honradez. Por si acaso esto no era suficiente, premiaban su fidelidad con un excelente salario, que ya lo quisieran para sí algunos profesores universitarios. ¿Quién iba a jugarse un futuro laboral de estas características?

Subió las escaleras hasta la cuarta planta. Había ascensor pero Alfonso se tomaba su empleo como un deporte, era muy dinámico y ejercitaba la tarea mecánica de

blandir un cepillo como si estuviera moviendo maquinaria de ejercicios en un gimnasio. Le gustaba decir a sus amigos que prefería hacer deporte mientras trabajaba antes que parecerse a esos oficinistas sedentarios que, utilizando compulsivamente ascensores y automóviles, gastaban parte de su tiempo libre en salir a correr o a montar en bici. ¡Valientes gilipollas!

–¡Coño, el Supermán de la escoba! –le espetó Julián nada más verlo. Julián era el guarda jurado que más veces coincidía en el turno de trabajo de Alfonso—. Cada día llegas más pronto, ¿es que vas a heredar la empresa?

–Es el margen que le doy al tráfico, para llegar hasta estos andurriales. Se conoce que hoy no ha salido nadie de casa.

–¡Y tanto! Estamos más solos que la una. Como hoy ha sido fiesta no se ha quedado ningún cerebritito a dar el coñazo... –rio Julián—. Quiero decir, ya me entiendes, a hacer que la humanidad progrese con experimentos científicos y a regalarle horas extras al millonario que los contrató.

–Pero ese privilegio de no trabajar los festivos no lo tenemos los desgraciados, como nosotros.

–Quita, quita, que vendremos en festivo cuando nos toca, pero nosotros no echamos horas extra, cumplimos escasamente nuestro horario y salimos zumbando. En cambio la mayoría de nuestros doctores, cuando no es festivo, dedican más tiempo a la empresa que un preso a imaginar la libertad. Si no fuera por lo que incordian, por mí podrían vivir aquí y así no tendrían que andar viniendo todos los días.

–No te quejes, caramba, que también entretienen, por lo menos a mí. Cuando no me enseñan un descubrimiento que acaban de hacer, me dificultan pasar la escoba y así se va la jornada en un pispás. Hablando de jornada, voy a fichar cagando leches, que se me puede olvidar CAlfonso hace ademán de marcharse, pero se detieneC. Espérame dentro de media hora aquí mismo con un par de cafés; voy a hacer rápido el laboratorio pequeño, que es el más engorroso... Mejor no saques los cafés, por si me retraso, pero deja la moneda metida a la máquina, capullo, que hace un siglo que no me invitas.

–Como vucencia ordene, aquí le aguardará su humilde servidor, para lo que disponga su superior criterio. ¡Ah! Y no se entretenga su señoría en el despacho de Don Emilio, pues el amado Director está en un congreso en Alemania y no viene en toda la semana.

–Bendito sea, así no venga en un mes –gritó Alfonso ya de espaldas.

Enfiló el pasillo y, después de pasar su tarjeta magnética en una máquina de fichar, adosada a la pared, sacó de nuevo las llaves de seguridad para abrir un cuarto con un cartel en el que ponía: “ALMACÉN DE CONSUMIBLES”. “Hasta para el cuarto de los trastos hay llave de seguridad”, pensó sonriendo, “sí hubiese cuarto de los ratones cada uno de ellos llevaría colocada una tarjeta con su identificación”.

Salió a los pocos minutos del almacén, donde tenía una taquilla con su ropa de faena, vestido con unos pantalones, tipo pijama, y un chaleco azul. Traía consigo un carro de utensilios de limpieza. Continuó por el largo pasillo hasta el final, topándose de frente con una puerta doble, blindada, que tenía en su cerradura una ranura por donde introdujo una tarjeta magnética distinta de la que utilizó para fichar. Luego marcó seis números en un teclado sensible al tacto. La puerta se abrió automáticamente y tras penetrar con el carro volvió a cerrarse tras él.

Se dirigió hacia la derecha a una puerta en la que decía: “LABORATORIO B”, enfrente de ésta había otra similar en la que ponía: “LABORATORIO A”. Por enésima vez, volvió a echar mano del manajo de llaves de seguridad para poder traspasarla.

El Laboratorio B, tenía unos 70 metros cuadrados; era prácticamente la mitad que el otro. Mientras que en el A trabajaban varios científicos, este segundo tenía el acceso restringido a sólo tres, dirigidos por un cuarto, el Doctor Matías González. Se utilizaba desde hacía varios meses para la realización de un proyecto especial y se le había dotado de medidas de seguridad extraordinarias porque dicho proyecto era una investigación reservada y de carácter comercial, que pretendía conseguir una importante patente para la empresa; la cual llevaba una cantidad considerable de dinero invertido y estaban próximos a obtener resultados.

Alfonso tenía una ligera idea de qué era lo que se investigaba, porque a través de los años de trabajo rutinario llegó a trabar amistad con el Doctor González. Éste, que no tenía horario fijo y se apasionaba con su trabajo solía prolongar su jornada laboral por las tardes y, a veces, incluso hasta las madrugadas. Alfonso, en muchas ocasiones, tenía que pedirle permiso para entrar a limpiar mientras él estaba dentro. El Doctor González, que parecía el prototipo caricaturesco de los sabios despistados, no abandonaba el laboratorio mientras Alfonso pasaba la fregona y los trapos por suelos, encimeras y armarios.

El Doctor González era más canoso de lo que pretendían sus cuarenta y cinco años, tenía el pelo más largo y desarreglado de lo que aconsejaban las modas y usaba gafas redondeadas, más grandes de lo que pedía la comodidad. Tenía una nariz pequeña pero bulbosa, tipo Papá Noel, con forma de tubérculo arrugado, que junto con su perpetua sonrisa configuraban un rostro amable, rústico pero amable.

Matías González comenzaba las conversaciones por la mitad. Es decir, continuaba en voz alta el discurrir de sus pensamientos, por lo que su interlocutor la mayoría de las veces no sabía lo que quería decir. Si abordaba a un grupo de personas interrumpía cualquier cosa que estuvieran diciendo o haciendo para introducir sus requerimientos, los cuales lógicamente resultaban incomprensibles para quien le escuchaba. Todos estaban acostumbrados y no se molestaban por ello, porque procedían del bueno de Matías; es decir que no venían con maldad, sino con la impertinencia característica de una mente distraída, pero noble.

—Matías, más despacio, por favor, ¿qué es lo que quieres? Explícate mejor.

Entonces Matías se esforzaba por hacerse comprender, sin abandonar la sonrisa. Pero continuaba su discurso como si se le entendiera no sólo lo que decía, sino también lo que pensaba.

A pesar de todo, Alfonso tenía una ligera idea de lo que se investigaba con tanto misterio, porque Matías se empeñaba en explicarle todo a todo el mundo. Guardando, claro está las especificaciones más concretas que conforman la confidencialidad del secreto empresarial. Se investigaba una nueva materia plástica que iba a ser patentada por la farmacéutica, con diversas aplicaciones prácticas como material protésico sustitutivo de cartílagos.

El doctor Matías González, que era bioquímico, había diseccionado la arquitectura de la materia en sus más mínimas expresiones, utilizando la nanotecnología, para reconstruirla de nuevo encajando de nuevo sus diminutas piezas.

Las investigaciones estaban tan avanzadas que, últimamente, el doctor González no faltaba ni una sola tarde al laboratorio, dificultando o entreteniendo la labor de Alfonso. Por ello aquel día festivo en que nuestro limpiador tenía que dejar a punto de revista las instalaciones para la rutina laboral del día siguiente, se extrañó de que el doctor, o alguno de sus ayudantes, no estuvieran rondando por los alrededores. “Claro”, pensó, “hasta los sabios tienen sus difuntos y deben viajar a visitar cementerios”.

Alfonso se planteó terminar rápido con la limpieza del Laboratorio B, que tanto le hacía perder el tiempo normalmente, limpiarlo de corrido y luego ir a pasar el rato tomando un café con Julián.

La sala estaba más ordenada de lo que cabía esperar de un atajo de intelectuales despistados. Tenía forma alargada y grandes ventanales en la pared larga opuesta a la puerta de entrada.

—¡Os vais a quedar así! —dijo a las ventanas, frunciendo el ceño y humanizándolas como si fueran el enemigo—. Con el agua que está cayendo si os limpio no se notaría.

Por debajo de las ventanas había una encimera corrida con huecos para varios lavabos con sus grifos, todo de metal pulido y brillante. Los lavabos asemejaban las “bandejas de descuartizamiento” de los médicos forenses, según decía Alfonso. En una esquina, donde acababa la encimera había un par de bombonas grises, con unos precintos de seguridad conectados a unos cables flexibles parecidos a los del gas butano, pero de color azul. Matías le había prohibido a Alfonso acercarse, siquiera con la escoba, a estas bombonas diciéndole que contenían un gas muy volátil y podían hacerlos a todos salir volando por el tejado.

Toda la parte central estaba ocupada por una mesa alargada, que tenía puertas en su parte inferior, similares a las de la encimera de la pared. Por encima había todo tipo de instrumental como microscopios, pantallas de ordenador, un escáner, dos impresoras, archivadores, clavijas eléctricas y otros utensilios que Alfonso no reconocía, y que tampoco podía tocar para su limpieza. Alrededor de esta mesa central había varios taburetes altos, que raramente eran utilizados y que se veían empujados de un lado para otro, como mobiliario molesto más que práctico.

A un extremo de la encimera se encontraba una especie de caja acristalada, reforzada con perfiles metálicos conectada por los tubos a las bombonas que estaban cercanas. A su lado una campana de vidrio de similares características. Esto también lo tenía prohibido limpiar Alfonso, no podía ni siquiera pasarle un paño.

La pared larga, opuesta a las ventanas, no contaba con más mobiliario que una taquilla con cinco puertas donde los científicos ponían sus batas, ropa de abrigo, carteras y todo tipo de material personal. El resto lo ocupaba la puerta de entrada, varios cuadros y pósters con imágenes de las instalaciones, logotipos de la empresa, fotos de sus directivos y propaganda de sus productos.

Los lados cortos de la pared estaban ocupados en su totalidad por estanterías y armarios, todos cerrados con llave y muchas puertas de cristal, que contenían cosas como libros, archivadores e instrumental. Este instrumental tampoco tenía que limpiarlo Alfonso, porque de ello se encargaban los científicos, por ser máquinas delicadas.

Alfonso tenía que dejar limpios suelos, encimeras, armarios por fuera, paredes, lavabos, en fin, todo lo que no fuera delicado o peligroso. Cuando terminó y pasaba la fregona reculando, para no pisar lo mojado, se detuvo pensativo, apoyándose con las dos manos en el mango del utensilio de limpieza y poniendo encima la barbilla.

La tranquilidad reinante, sin nadie en esa sala por primera vez desde hacía varias semanas, le hizo pararse para saborear la soledad. Sin pensar prácticamente en nada cerró los ojos y se transportó a otro lugar. Se oía levemente el ruido de la lluvia y el viento a través de los cristales dobles y blindados. Se imaginó en lo alto de una

montaña, abrigado hasta las orejas y confortable, con varios valles en todo su alrededor; la lluvia le mojaba plácidamente el rostro y una agradable sensación de aire frío le acariciaba las mejillas, algo similar a lo que acababa de sentir cuando llegó desde el coche hasta la puerta de entrada a las instalaciones. Era una sensación confortable que le gustaba recrear mentalmente, por su afición al senderismo y a pasear por el campo.

Fue entonces cuando lo sintió. Oyó un ruido extraño; algo que no había escuchado otras veces y que le sacó de la escena idílica que estaba viviendo. Era como un silbido que no procedía del viento del exterior, sino del interior de la sala donde estaba. Agudizó todo lo que pudo el oído para discriminar entre ese silbido y otros posibles sonidos. Era tan suave que no lo oiría si hubiera cualquier otra contaminación sonora, como una conversación lejana o el leve crujir de ropa de alguien moviéndose. Pensó que sería un ruido habitual que nunca antes había escuchado por no contar con el silencio reinante. Entonces distinguió claramente que procedía de las bombonas de gas a las que no se había acercado siquiera.

En ese momento ocurrió. Todo desapareció y su lugar fue ocupado por una luz blanca y brillante. Luego oyó una tremenda explosión. Tremenda pero que a él le pareció lejana, como soñada; era igual que el sonido amortiguado por el agua que separa a un buceador de los ruidos que lo envuelven. ¿Procedía de fuera o de dentro? ¿Habían estallado las bombonas de gas o había explotado una bomba en el exterior? Alfonso no podía explicárselo y entonces fue consciente de que el edificio entero, al menos la cuarta planta donde se encontraba se había venido abajo y de que estaba atrapado entre los escombros; sin dolor alguno, sin haber sentido nada y sin saber qué había pasado, o peor aún, qué estaba pasando. Pensó que no tardaría en perder el sentido y en ser intubado en un hospital, pero ¿cuándo? En los primeros instantes no vio nada. Aparte del brillo blanquísimo tan solo sintió, o intuyó, la catástrofe; fue conocedor de que algo muy grave había sucedido. Pero, ¿qué? Y, además, ¿estaba ya inconsciente?